La guerra de los patriarcas vs. el derecho a la vida

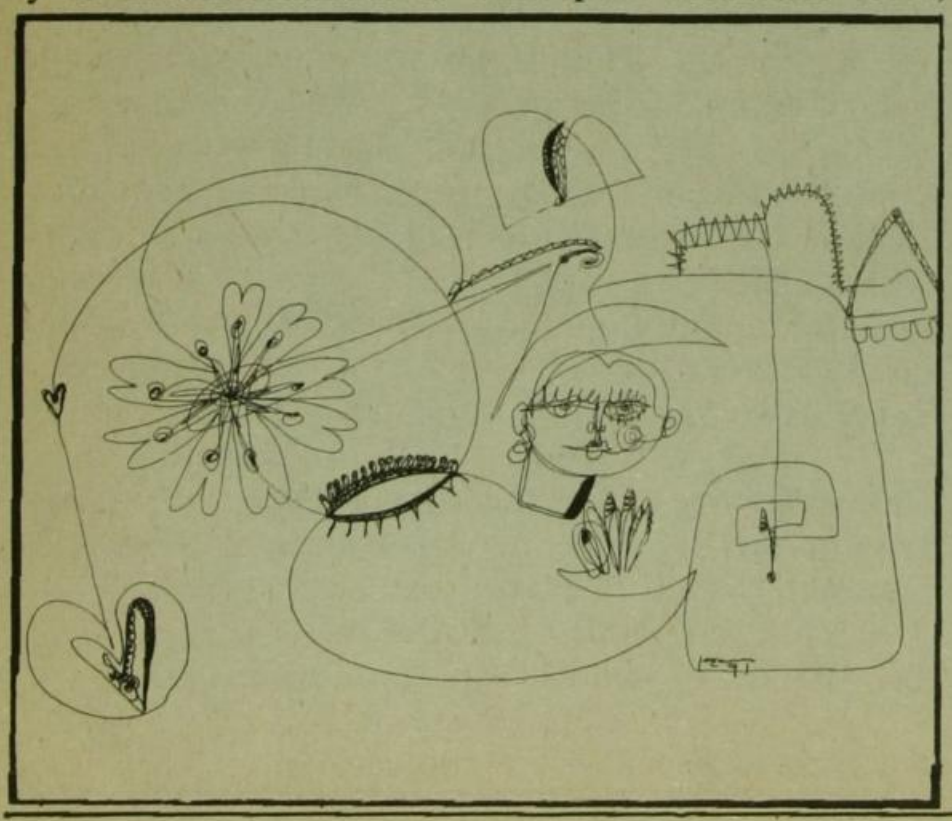
Elizabeth Maier

¿La guerra se ha institucionalizado como la relación social subyacente al desarrollo de los nuevos órdenes internacionales?

La Guerra del Golfo o La Madre de Todas las Batallas se agotó tras el genocidio del pueblo iraquí y la masiva destrucción de esta nación árabe. Arribó a su culminación apenas unos instantes antes de que la lucha interna por los huesos flacos del poder iraquí sembrara suspicacias de todo tipo en torno a sus orígenes y fuentes de financiamiento.

En realidad, la batalla campal de lo que muchos han definido como la Tercera Guerra Mundial no mostró rasgos maternales. Al contrario, como en toda guerra, descansó en la agresividad, la crueldad, la competencia y el abuso, desembocándose finalmente en un nuevo orden mundial donde la fuerza es la vara de la razón y donde los enfrentamientos nacen en torno a quien toma las decisiones. Decisiones vinculadas al dinero, pero también a la raíz misma del ejercicio del poder. Parece que desde el principio mismo de la guerra como acontecimiento social en la historia, el botín siempre ha sido el exclusivo y excluyente derecho sobre la administración del poder.

En algunos casos, poder para determinar el desarrollo de la vida propia, respetuoso de las demás vidas independientes y autónomas, anhelando la soberanía y la autodeterminación. Conceptos modernos éstos, sustentados por la premisa de la igualdad entre lo plural y diverso que componen el canto planetario. Suelen llamar a este lado de la confrontación, guerra justa.



En otros casos, se busca el poder para decidir por, para y sobre el otro; el poder patriarcal de antaño, cuya esencia emana desde la autoridad única del padre en las familias colectivas e individuales que surgieron como posibilidad y sustento de las prácticas productivas del proceso de desarrollo humano. Nombran a este polo del enfrentamiento guerra imperialista o injusta.

La Madre Batalla de la Tormenta del Desierto entonces confrontó a dos lados injustos, ambos válidos de decidir por otros, ambos sedientos de imponer sus verdades, ambos sordos a las necesidades del otro, ambos ansiosos de lucrar con la exclusividad de la administración del poder.

Guerras de conquista y guerras de liberación; guerras injustas y justas; guerras despreciables y otras nobles; el asesinato, la muerte y la mutilación para oprimir o para liberar. En América Latina, después de más de una década de intentos violentos de sacudir las ataduras de la opresión y la miseria, después de centenares de miles de muertos, cientos de miles de desaparecidos y aun centenares de miles más de mutilados se puede intuir y concluir que no hay guerras justas sino causas justas, llevadas al enfrentamiento bélico por las injusticias objetivas y la necia voluntad minoritaria de aferrarse a los privilegios. La guerra jamás será justa. Detenta abierta y flagrantemente contra el más básico derecho del ser humano a la vida. Como acontecimiento social encierra en sí la violación de los derechos humanos.

Están grabadas en las páginas del cuarto siglo antes de Cristo, las primeras invasiones arrasadoras de los pastores semitas e indoeuropeos que terminaron subyugando a las sociedades agrícolas de las Grandes Diosas, sociedades en su generalidad pasivas, sedentarias, con un alto valor de la compasión. Con el inicio de las sociedades de los dioses conocimos también los truenos y rayos del poder patriarcal, poder impositivo, vertical, autoritario, y en caso extremo pero frecuente, violento, bélico, guerrero.

Gore Vidal, el novelista norteamericano, escribió recientemente, "¿queremos una sociedad libre o una patriarcal? Mi pregunta no es retórica. . . Patriarcal. Del latín "saber", padre. Así como en "el padre sabe mejor". Un patriota, pues, es alguien que sirve a la tie-

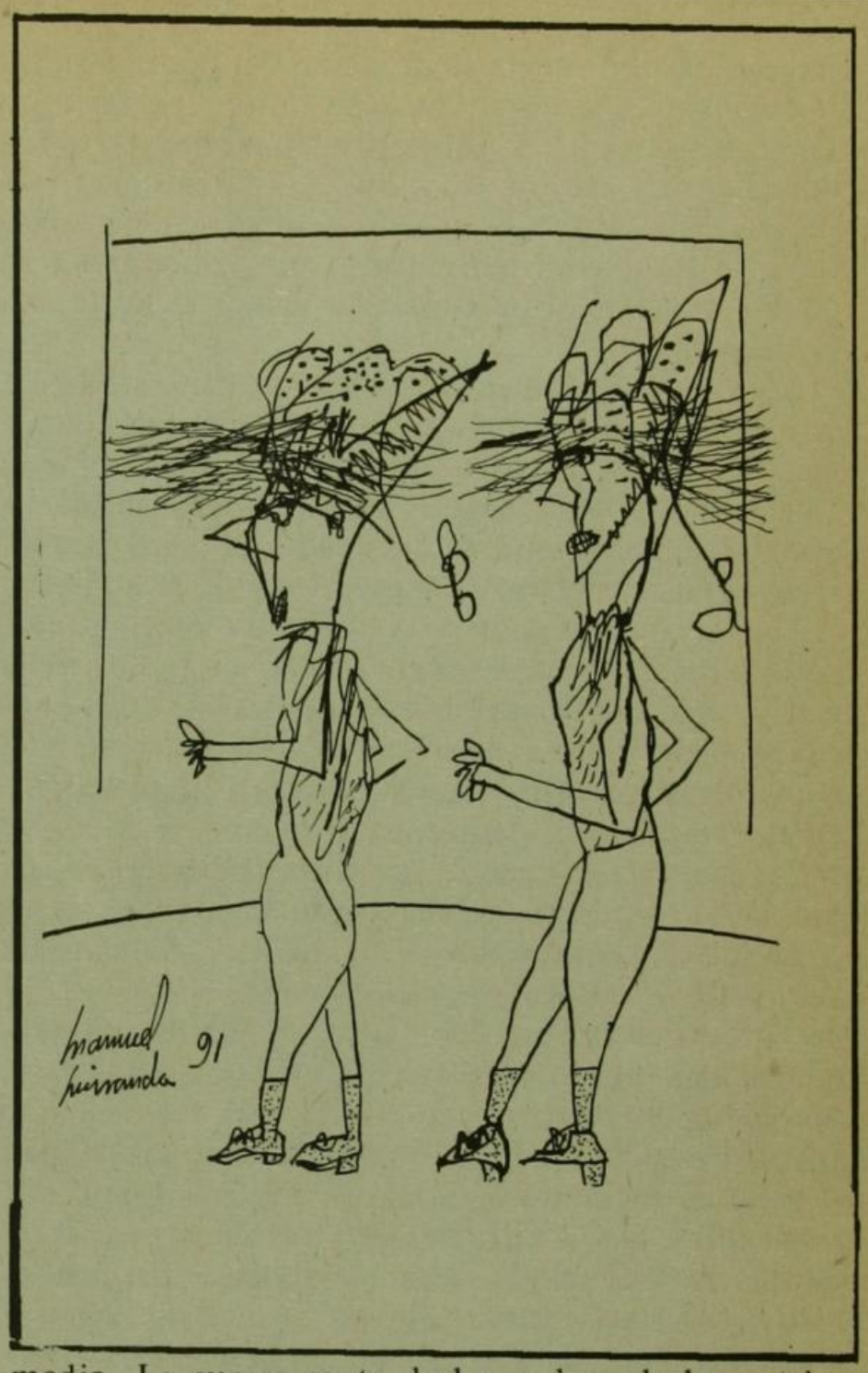
rra paterna. La noción del padre como jefe de jefes es prehistórica. . . De esta vanidad tribal se deriva el monoteísmo: la idea de un solo dios creador que ha creado por lo menos a la mitad de nosotros a imagen y semejanza de él."[1]

A la vez, el poder del patriarca moldea la identidad compartida entre los sujetos de una comunidad; define las diferencias e inventa las fronteras; impone, modifica y reconfirma las pautas de comportamiento aceptables; crea un yo grupal excluyente, competitivo, agresivo e impositivo frente a los demás, los otros grupos, etnias, género, religiones, naciones. El poder patriarcal crea identidades relativas, comparadas y parciales, formando así física, mítica y conceptualmente un mundo perpetuamente dividido por campos separados, diferenciados y jerarquizados entre nosotros y ellos, entre la similitud y la otredad.

Frente a la similitud existen privilegios, flexibilidades en el comportamiento ético, comprensión, compasión y perdón. Sin embargo, el otro no goza de los mismos parámetros para actuar, sino que, por el contrario, es juzgado con criterios distintos, más rígidos y carentes de empatía alguna. Desde la cultura de la otredad existen patrones duales y desiguales de proceder para el uno y el otro. Cánones que institucionalizan y garantizan el modelo vertical de ejercer el poder entre dominantes y subalternos. Cuando es cuestionado dicho modelo se impone por la fuerza; el asesinato, la violación sexual, el maltrato hogareño, la tortura, el golpe de Estado, la invasión extranjera. La violencia es siempre el último recurso de esta forma de vivir el poder.

Imaginar al otro como un ser distinto y desigual es el embrión que fácil y finalmente madura la constitución del enemigo. En todas las épocas históricas, el sistema patriarcal se ha sustentado en la cultura de la otredad, conformándose desde la creencia de que las diferencias amenazan la integridad propia. El otro vivido como un "sub-yo", percibido como extraño, menos, despreciable y desconfiable siembra la semilla de la satanización. El otro como sospechoso, como dudoso, como el mal, como diabólico. Todos los "yo" monoteístas prohiben pactos con el Diablo. Ninguno entra en diálogo y negociación con la encarnación del mal. Al contrario, la materialización del mal exige la movilización de las fuerzas del bien para acabar de raíz con Satanás, sus allegados y, si fuese necesario, con el entorno mismo en donde se acobija. La cultura de la otredad celebra una perpetua guerra santa.

El dios padre y omnipotente, creado a imagen y semejanza de la mitad de la especie, fue llamado a bendecir, dirigir y proteger la transición. Confrontó a otro dios padre y omnipotente, quien fue evocado para garantizar a las y los sacrificados una vida mejor en el Más Allá. La doblemente guerra santa y patriarcal enfrentó a los dioses monoteístas, sus combatientes y los patriarcas modernos de occidente y oriente



medio. La guerra santa de los padres, de los patriarcas, de los valores y criterios masculinos –que han determinado el curso de la historia por lo menos durante los últimos cinco milenios– resalta ahora como una incursión en terreno prohibido, como una blasfemia de la misma especie contra sí misma.

El Padre de Todas las Batallas enfrentó durante los últimos siete meses a los patriarcas representantes de los mundos occidental y árabe oriental en un estire y afloja desigual de fuerzas, donde la maniobra política, las presiones económicas, la errónea lectura coyuntural de Sadaam Hussein, la tecnología bélica y los discursos proféticos y amenazantes de ambos jefes de Estado encerraron al mundo y sus habitantes en una carrera de alcances imprevisibles que dejaba entrever la inminencia del suicidio colectivo de nuestra especie.

Aun así, la orfandad de tanta utopía perdida y su trasmutación repentina en un mundo monopolar, ¿empujó a cuántos de nosotros a inventar al héroe esperado, a recrear el Quetzalcóatl en el corazón dolido de la carencia? Y una vez más fue suficiente ser el enemigo de mi enemigo para transformarse en amigo, en héroe, en salvador. ¿Hasta cuándo vamos a tener que imaginarnos al padre protector para rellenar los

huecos dejados por la enajenación del poder propio? ¿Cuántos más Noriega y Sadaam Hussein necesitamos fantasear antes de descubrirnos como héroes y salvadores, como íntegros y adultos? Hasta entonces viviremos en la búsqueda obsesiva, como víctimas necesitados de un reivindicador, como huérfanos sin madre ni padre, como niños a la espera de alguna protección.

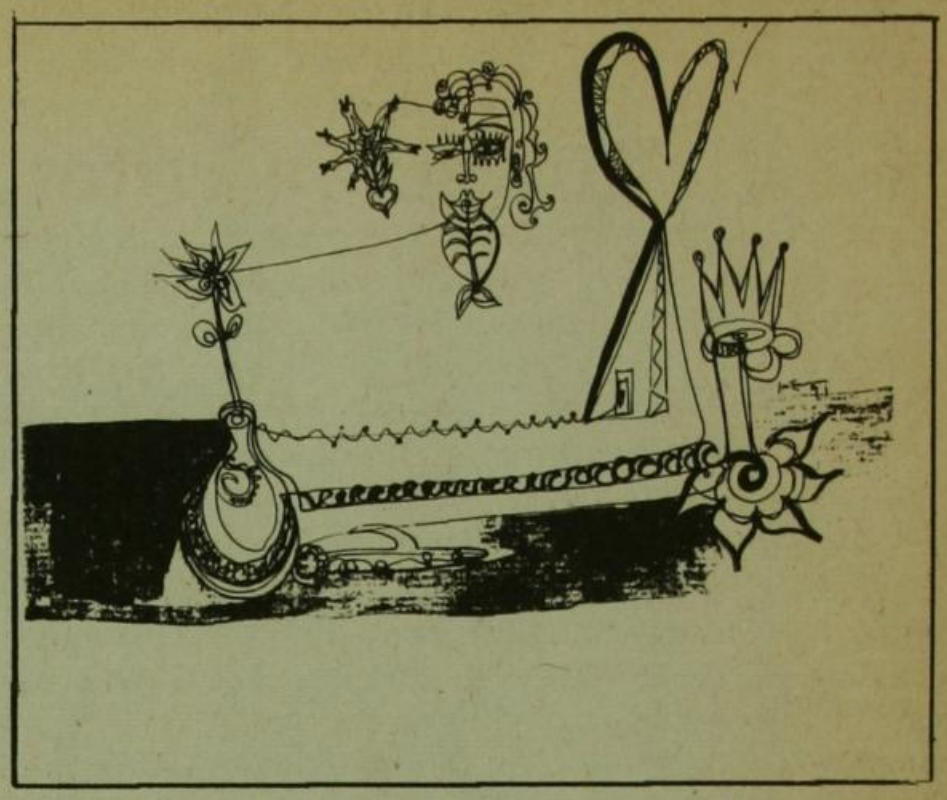
Sólo se necesitaban seis semanas para atestiguar una de las tragedias más profundas de historia humana. Despojada de toda manifestación de nobleza; olvidadas la compasión y la ternura quedaron sólo la avaricia, el narcicismo, la crueldad y el odio. "En directo y en tecnicolor", los productos de la inteligencia humana acumulada se vertieron en múltiples maneras atroces y grotescas para acabar con la vida ajena y la propia. El planeta conoció los alcances de la priorización de los recursos humanos y materiales del nuevo orden internacional y la necrofilia se impuso como característica definitoria de la modernidad.

Tras la "hogarización" de la conflagración bélica, cala en el inconsciente colectivo la angustia de atestiguar que, en nombre de la racionalidad humana, se desarrolla y edifica una irracionalidad moderna y patriarcal que celebra con bombos y platillos la posibilidad del fin del planeta y de nosotras y nosotros, sus huéspedes. Retomando las palabras del sociólogo James Petras: "Lo que vemos es una irracionalidad general en el mundo actual. El irracionalismo está creciendo a saltos, chauvinismos, racismos, una visión totalitaria de la guerra, victorias totales, destrucciones totales, unirracionalismo que no conoce límites, una tendencia ilimitada a actuar sin límites".[2] Es la pesadilla despierta de la última década del siglo veinte.

El acontecimiento: la guerra como celebración, como éxtasis, como carnival de luces y sonidos supersónicos; la guerra disfrazada de parto de la creatividad; la quirúrgica guerra, esterilizada, sin sangre, ni muertos, ni mutilados; la guerra como orgasmo tecnológico, como profundo orgullo de la experiencia humana. En fin, la guerra como la más alta manifestación de la cultura humana.

El Nuevo Orden Internacional encarna la destrucción como rasgo fundamental; destrucción de la vida humana, del ambiente, de la relación con la naturaleza, y así de la relación consigo mismo. Es la desnaturalización de lo humano en nombre de su edificación. Todo se sustituye por el plástico, los robots, el cemento y el vidrio, la pólvora inteligente, el petróleo contaminante y la energía congelada del dinero.

La cibernética aunada a la industria militar y al ejercicio del poder autoritario, con cada vez mayores índices de apatía cívica, masifican y magnifican las consecuencias de cualquier enfrentamiento. Se hace inviable ya la guerra como relación social internacional por la amenaza que significa para la sobrevivencia de la especie.



El Padre del Desierto borró cualquier duda en torno a lo devastador de la guerra tecnológica. Trajo a conciencia las múltiples amenazas al planeta y un inmenso interrogante en torno a la posibilidad de sobrevivir a lo que se ha denominado el desarrollo humano. De pronto, el derecho a la vida resaltó como la utopía del Siglo XX1.

A diez años del nuevo milenio, asegurar el derecho a la vida de las y los ciudadanos de nuestra era planetaria no es una tarea sencilla. Supone sustituir la práctica histórica de resolver conflictos entre naciones e individuos de manera violenta, reencausando la producción bélica hacia una productividad benéfica para el ser humano. Implica repensar y reconstruir la organización internacional, a la vez que se redefina las relaciones entre los sexos, las generaciones, las etnias, razas, religiones, en fin, entre todas las manifestaciones de las múltiples diferencias que conforman el poema humano. Pero más que nada requiere recrear los valores de la cultura de la otredad, sustituyéndolos por una ética nueva, cristalizada en la cultura de la diferencia que reconoce las diferencias, pero no las traduce en desigualdades.

Desde el derecho a la diferencia, desde la pluralidad del mundo moderno en la composición de las sociedades nacionales y la planetaria, desde la compasión universal, habremos de reorganizar la administración del poder. Imaginar y garantizar, nacional e internacionalmente, la inclusividad del derecho a la vida, es empezar a escribir un nuevo capítulo en la historia humana. Tal vez el único que todavía tendrá lectores.

[1] Gore Vidal, "El árbol de la libertad: notas sobre nuestro Estado Patriarcal", *La Jornada Semanal*, No. 70, 14 octubre de 1990, p. 16, México, D.F.

[2] James Petras, "En vez de un nuevo orden, se acerca el gran desorden mundial", *La Jornada*, 23 de marzo de 1991, México, D.F.